

al Mediodía agregó también al imperio de Occidente en 1022 las plazas de Capua, Nápoles y Amalfi.

En 1016 Basilio II había hecho con su cuñado Uladimiro, que aprontó un ejército auxiliar ruso, una campaña feliz contra Jorge Tsul, el rey ó Khakhan de los cazares, y en 1022 salió también victorioso de las luchas fronterizas en Asia del lado de la Georgia y de la Armenia.

Sin embargo, su deseo de coronar dignamente la obra de su vida con la expulsión de los árabes de la isla de Sicilia quedó sin cumplir, porque en medio de los inmensos preparativos que hizo, le arrebató una enfermedad á la edad de 68 años y puso fin á su victoriosa carrera en el mes de diciembre de 1025. Sus restos mortales fueron depositados en la iglesia de los Evangelistas en el Hebdomon de Constantinopla, y con la desaparición de la escena del héroe y grande hombre de Estado eclipsóse también el lustre y la buena estrella del imperio hasta que otro grande emperador los resucitó al cabo de 55 años.

En el reinado de Basilio II alcanzó el imperio bizantino el brillo y poder que le era dable alcanzar con los recursos de que entonces disponía. Cuando la plétora de vigor y de pujanza del califato de Bagdad se había desahogado en innumerables desbordamientos, y cuando solo el califato del Cairo conservaba un resto del antiguo resplandor musulmán; cuando en Asia empezaron á imponerse las tribus y pueblos de raza turca, entonces el imperio bizantino bajo el cetro de su gran Basilio II dió al mundo el magnífico espectáculo de su indestructible fuerza vital, remontándose á una altura que dejó admiradas y estupefactas á todas las demás naciones y reanimó en los pueblos del mismo imperio el sentimiento de orgullo nacional, el de su fuerza propia y el de su seguridad y dominio, sentimientos que se habían perdido casi enteramente desde los últimos emperadores de la dinastía fundada por Heraclio. Es innegable que este imperio, gobernado desde Constantinopla por sus soberanos autócratas, fué, sobre todo desde el reinado de Nicéforo Focas, para todo el mundo de entonces, para los pueblos asiáticos, turánicos, eslavos, germánicos y neo-latinos que confinaban con él desde el Oriente hasta el extremo Occidente, el centro resplandeciente de todo lo grande, bello y rico, de toda civilización, instrucción y saber. Todavía, como en otros siglos, se estrellaron contra la poderosa creación de los Constantinos, regenerada por los emperadores de la dinastía macedonia fundada por Basilio I, todos los pueblos é imperios organizados socialmente así como los bárbaros que se atrevieron á contrariar su marcha. Las fanáticas é impetuosas masas de los árabes valientes, las audaces é indómitas huestes búlgaras, las escuadras piratas de Creta, los mas esforzados guerreros del mundo germánico, y las mismas armas espirituales del soberano pontífice á orillas del Tíber, nada pudieron á la larga contra las armas mágicas, el fuego misterioso griego y la astuta diplomacia del imperio bizantino, cuyo contacto parecía letal para todos sus adversarios. Todos, amigos y enemigos; los gobernantes extranjeros mas refinados y astutos, como los bárbaros ignorantes y las feroces hordas de los tristes páramos de la Rusia y del Asia, que cual manadas de lobos hambrientos acechaban los inmensos tesoros guardados por las legiones y escuadras bizantinas; todos, por reflexión ó por instinto, comprendían que Constantinopla era el centro y foco de toda la civilización durante aquellos siglos. En todas partes la diplomacia bizantina hacia sentir las pulsaciones y la vida pujante del imperio; en Bagdad, en el Cairo, en Cairvan, donde residían los sultanes de Túnez, en Palermo, la corte de los emires de Sicilia, en Córdoba, en todas las pequeñas cortes de la Italia meri-

dional como en la gran corte de los emperadores de Alemania, en las de los nuevos soberanos eslavos, croatas, servios y rusos, en la capital de los magyares y en la de los cazares, en las tiendas de los Khanes de los pechenegos y de los turcos, en todas partes se daba á conocer el influjo de la actividad diplomática de los emperadores bizantinos, el efecto de su oro y de la destreza y flexibilidad de sus agentes, la magia de los productos preciosos de la industria griega, y de los que sus comerciantes importaban del Asia Oriental. Finalmente la influencia silenciosa de la Iglesia griega había penetrado también en las inmensas llanuras que se extienden entre los Montes Carpacios y el río Don, ganando en aquellos páramos partidarios para el imperio, el cual supo llevar á un grado de perfección desconocida del arte del antiguo imperio romano de explotar en beneficio propio las fuerzas vivas de todos los demás pueblos; de rejuvenecer y completar los suyos, organizados sobre solidísimas bases, con la constante absorción de elementos nuevos y lozanos, y de librar sus grandes batallas con los individuos mas robustos y esforzados de otras razas.

La fisonomía exterior del imperio bizantino forzosamente debió de ser entonces en extremo variada, muy semejante á la del imperio turco en el siglo XVII, cuando los albaneses y los eslavos meridionales mahometizados eran casi mas numerosos que los verdaderos turcos turánicos. Los eslavos habían reemplazado á los germanos con que luchó el imperio en tiempo de los Constantinos; solo que aquellos fueron absorbidos y asimilados en mucho menor escala que los últimos. El resultado de todo fué la formación de una raza nueva en la península balcánica y en una parte del Asia Menor, cuyo idioma era el griego, y en cuyas venas llegó á predominar en el transcurso de los siglos también la sangre griega, componiéndose finalmente la población del imperio de griegos mas ó menos genuinos, de búlgaros y otros eslavos grecizados y un número imponente de orientales, principalmente armenios cuya influencia en el destino del imperio ya hemos tenido ocasion de indicar repetidas veces. Tuvo también el imperio contingentes no despreciables de árabes, moros y persas, que posteriormente fueron eclipsados, en el siglo XI, por innumerables millares de varangos, escandinavos é islandeses; y finalmente por los mercenarios anglo-sajones.

Difícilmente podrá negarse que toda la sangre y vigor con que los pueblos bárbaros contribuyeron á la conservación del imperio romano no llega ni con mucho á la cantidad de elementos extranjeros, á la enorme absorción é incesante trasfusión de sangre nueva en el organismo social del imperio bizantino que tuvo efecto en el curso de tantos siglos, rejuveneciendo siempre al imperio y salvando así su civilización, sus artes, ciencias y espíritu, y sacándolos ilesos de innumerables catástrofes, para legarlos finalmente á otras naciones con la misión de continuar la eterna lucha entre el Occidente y el Oriente.

Las guerras no interrumpidas y múltiples que dieron al imperio bizantino durante largos siglos el aspecto de un vasto campamento fortificado con innumerables guerreros de toda clase de procedencias, alteraron naturalmente el carácter primitivo y genuino del imperio y de sus habitantes, aunque la fisonomía exterior se transmitió sin variación notable de una generación á otra. Las artes é industrias siguieron su marcha natural y propia; las monedas tan buscadas á pesar de su pésimo trabajo artístico, solo cambiaron en cada reinado las inscripciones y los bustos, de muy dudosa semejanza con los originales. La disciplina eclesiástica solo sufrió alguna que otra alteración cuando lo reclamaron exigencias especiales del trabajo de las misiones en pueblos gentílicos y para asimilar paso á paso las costumbres de pueblos recién convertidos á los

usos del cristianismo. Los funcionarios públicos de todos los ramos engrosaban sus respectivos archivos con documentos nuevos; las tropas indígenas, como las mercenarias extranjeras, seguían aprendiendo y practicando sus ejercicios, probados en innumerables campañas; el pueblo se regocijaba en sus diversiones de siempre, en las funciones del hipódromo, como en las fastuosas ceremonias del culto. También se conservaron, menguando unas veces, y exacerbándose otras, los rasgos feos del carácter bizantino, no solo porque el imperio fuese envejeciendo, sino también por efecto de la mayor ó menor reacción que ejercieron en las generaciones contemporáneas y posteriores las incesantes luchas en que las armas, la estrategia militar y la diplomacia echaban mano de todos los recursos hábiles. Si la moralidad en general variaba según las épocas, fueron siempre rasgos propiamente bizantinos la inclinación á la traición, á una falacia insondable, al juego mas diabólico de intrigas, sobre todo entre los grandes del imperio y en sus relaciones con extranjeros. La falsedad bizantina se hizo proverbial. Al lado de las ejecuciones crueles, provocadas y recrudescidas en gran parte por los horrores y la índole de los bárbaros que invadían y asolaban las provincias del imperio, habíase introducido en este, evidentemente del Oriente, la inicua costumbre de mutilar á innumerables hombres haciéndolos eunucos. En ocasiones estas mutilaciones tenían por objeto hacer inofensivos á jóvenes que con el tiempo podían ser peligrosos á los emperadores, cuando estos no querían echar mano de la horrible precaución de privarles de la vista; pero en la mayor parte de los casos no había ni siquiera este motivo. En las épocas que hemos descrito hasta aquí hemos visto figurar eunucos en el ejército, en el gobierno y hasta en la Iglesia.

Por fortuna presenta la civilización bizantina otros rasgos y muchos de ellos muy notables. Inteligentes extranjeros, principalmente «francos» como los griegos llamaron ya en el siglo X á los pueblos de Occidente, é hicieron muchas observaciones de grande interés, no obstante que les era difícil juzgar con acierto la manera de ser de los bizantinos y sus costumbres. Los bizantinos hallándose continuamente rodeados de enemigos y comprometidos en guerras, daban con frecuencia á su desconfianza respecto de los extranjeros un carácter duro y desagradable. Si muchos extranjeros no podían acostumbrarse á la cocina griega que tan abundante empleo hacia del aceite de oliva, de la salsa de pescado, del asado de carnero, hoy tan popular como en tiempo de Plutarco, y de los vinos generosos y añejos; si el obispo Luitprando, que pinta á los griegos con colores muy oscuros, se admira de que la Iglesia griega realizara sus fiestas con la representación de autos sacramentales, no por esto dejó de imponerle á él como á todos la convicción alta que á este pueblo animaba de ser superior en civilización á todos los demás. Y como lo era en efecto, todos los soberanos de los demás pueblos, apenas se habían acercado moralmente á los bizantinos convirtiéndose al cristianismo, aspiraban á casarse con princesas de las familias imperiales de Constantinopla. Estos casamientos eran considerados como los mas distinguidos, sin contar que la educación é instrucción de las mujeres de aquella corte eran exquisitas bajo todos aspectos; ni era fácil conseguir el alto favor de ser admitido en estas familias, por poderoso que fuese el pretendiente. Hasta los últimos Paleólogos los emperadores se mostraron muy parcos en conceder la mano de sus hijas y parientas á reyes y príncipes mas ó menos bárbaros; y si cedían alguna vez en este punto, por la ventaja que tales casamientos proporcionaban á la política bizantina, no solían ceder casi nunca en cuestiones de etiqueta. Así en tiempo de los Basilio el ceremonial de la corte fué llevado á una perfección y rigidez muy

semejantes á las que posteriormente hicieron proverbial la etiqueta de la corte de España (1) y en tiempos remotísimos la de la corte de los Faraones de Tebas. En esto eran inflexibles los mismos emperadores sin exceptuar los guerreros como Basilio II que pasó la mayor parte de su reinado en campaña. Todavía en los reinados de los Paleólogos no cedían estos emperadores un ápice en materia de privilegios imperiales insignificantes de traje, como el uso del calzado encarnado, reservado exclusivamente á la sacra persona del emperador de Constantinopla y que no estaba permitido usar en su corte á ningún soberano extranjero aunque se presentase como pretendiente de una princesa imperial, ó estuviese ya casado con una. A esta rigidez correspondía una minuciosísima clasificación de dignidades y títulos en el personal de la corte, de la administración y del ejército, que ya existía en toda su perfección en la corte de Constantino el Grande. Al citado obispo Luitprando y probablemente á muchos otros, especialmente neo-latinos instruidos, hizo sonreír esta abundancia de cargos y títulos, á veces grotescamente grecizados del latín del tiempo de los emperadores romanos, cuando en el gabinete del emperador vieron al lado del camarlango mayor (paracoimomenos), al primer secretario de Estado (proto à secretis) y al guardarropa mayor ó protovestiarario. Los *magistri* ocupaban en el reinado de los Basilio el puesto de los *comites* romanos ó condes, que eran los consejeros de Estado. El título de *magister* era concedido por los emperadores bizantinos, despues de los de *patricio* y *procónsul*, como una distinción á militares y funcionarios civiles; mientras los de curapalato, nobilísimo y César se reservaban por regla general para los miembros de la familia imperial. El almirante llevaba el título de drongario, y en el ejército terrestre habían adquirido importancia, desde su organización en temas ó circunscripciones militares, el *doméstico* ó jefe de la guardia imperial, y el *heteriarca* ó jefe de las tropas mercenarias extranjeras, de año en año mas numerosas.

Fuera de la vida y fisonomía oficial del imperio bizantino en los siglos cuya historia hemos trazado á grandes rasgos, la vida civil y social y sobre todo la intelectual ofrece interesantes rasgos. De todo lo que se sabe de aquella época se infiere con certeza que los hijos de ambos sexos de las familias distinguidas y acomodadas recibían una educación excelente, y los que querían dedicarse á las carreras del Estado, una instrucción variada y sólida. Esta instrucción sin embargo, lo mismo que la educación religiosa, era un contrapeso insuficiente al espíritu de falsedad, á la corrupción, codicia y ambición, tan extendidas en las clases dominantes y políticas; pero con todo, abundan en la historia del imperio bizantino hombres dignos de la Roma antigua, que hicieron cosas grandes ya como diplomáticos y estadistas, ya como militares.

La instrucción literaria había llegado en el reinado de la dinastía de los Basilio á un desarrollo admirable. La fiera y prolongada contienda iconoclasta contribuyó mucho á este resultado; pues si por un lado dió nuevo vigor á la institución y espíritu monacales, induciendo como antes á muchos emperadores á llevar una vida ascética en medio de una corte fastuosísima, por otro lado despertó la afición á las polémicas literarias metódicas. Esta afición llevó consigo, desde el tiempo de Teófilo cuando los ánimos se hubieron apaciguado y gracias á los esfuerzos de los Basilio y en especial de Constantino, una inclinación extraordinaria al estudio de los autores antiguos, y á producir obras literarias nuevas. Semejante renacimiento cobra mayor interés si se considera que el tesoro literario de la antigüedad clásica, conservado por los

(1) Introducida precisamente por a casa de Austria.

(N. del T.)

bizantinos, había ya hecho antes, en la segunda mitad del siglo VIII, su primera gran conquista entre los pueblos modernos, á saber, entre los árabes, que recibieron este legado por mediación de los sirios con notable entusiasmo y tradujeron muy pronto á su idioma los originales griegos, dándoles forma oriental. Por otra parte, aunque en las cortes de los califas de Bagdad y de Córdoba solo adquirieron derecho de ciudadanía la dialéctica y las ciencias exactas de los antiguos, Aristóteles y un pequeño número de escritos platónicos, de obras de medicina y de otras de matemáticas de los griegos, estas obras influyeron poderosamente en el genio árabe y le excitaron á los estudios y cultivo de las ciencias.

El César Bardas había ya fundado su gran academia de ciencias cuando subió al trono la dinastía macedonia, y durante los reinados de los dos primeros emperadores de esta dinastía, brilló cual faro gigantesco el célebre Focio, cuyo vastísimo saber despedía rayos de benéfica luz hasta mucho mas allá de los límites del imperio. Hombre de gusto exquisito en cuanto era posible en aquel siglo, de grande y recto criterio, conocedor profundo de la literatura antigua, cultivador de la literatura religiosa, recopilador y coleccionador del derecho canónico, granjeóse con justicia la gratitud y admiración de todos los amigos de las ciencias y de las letras. Él fué quien preparó con laboriosidad suma y gran criterio los materiales que tan bien supo aprovechar el emperador Constantino VII Porfirogénito para imprimir á su reinado el sello especial que lo distingue tan ventajosamente de todos los demás en la historia del movimiento literario y científico.

Este emperador, segun ya dijimos en su lugar, se había dedicado hasta el año 945 exclusivamente á las artes, á las letras y á las ciencias, y de aquella época data su obra sobre los temas, es decir sobre las provincias militares del imperio. Cuando á la caída de la familia de los Romanos, tomó las riendas del Estado en sus manos, desvivióse para poner los resultados de la ciencia al alcance del mayor número, reuniendo en colecciones enciclopédicas y en manuales el saber disperso en obras sueltas, haciendo compilaciones y extractos para todos los ramos y para las aplicaciones prácticas, conforme lo pedía la índole de los bizantinos, enteramente ajena á ideales abstractos. Para fomentar estos estudios y trabajos y hacerlos fructíferos no omitió este emperador medio alguno á su alcance. Ante todo renovó brillantemente la gran academia ó universidad fundada por Bardas en la capital, que había decaído de un modo vergonzoso por la negligencia de Romano I; buscó profesores distinguidos á quienes estimuló dotándoles liberalmente con dinero, y honrándoles con toda clase de distinciones y títulos. Igual solicitud y munificencia mostró con los estudiantes, á quienes solía convidar á su mesa, mostrándose accesible personalmente á sus pretensiones, facilitándoles los medios de vivir, y concluidos sus estudios, colocándoles convenientemente en las oficinas del Estado ó de la Iglesia. Además el emperador continuó sus trabajos literarios propios y muy vastos, mostrándose en todas ocasiones naturalmente protector de todos cuantos se ocupaban en el estudio de las ciencias y de la literatura. De sus escritos propios se han conservado varios, como la obra que escribió sobre el arte de gobernar (*De administrando imperio*), destinada á su hijo y escrita entre los años 949 y 952. Esta obra es importante para el estudio histórico, y es por lo mismo consultada con provecho por los investigadores modernos, á pesar de sus defectos literarios. Otra obra inapreciable para el conocimiento del régimen absolutista y de la vida de la corte de aquel imperio, es el manual del ceremonial y etiqueta usados en la corte bizantina, trabajo magistral en este concepto á falta de otros méritos. Por último tenemos del mismo autor ilustre una biografía del emperador

Basilio I, á quien representa como el ideal del soberano.

Entre los muchos trabajos, en general compilados, que nacieron á la sombra protectora de Constantino VII, hay varios muy notables debidos á las plumas de los varones doctos de que este soberano esclarecido se había rodeado. Son tambien compendios y manuales que contienen extractos de obras mas antiguas y lo mas interesante para determinados ramos del saber, como la *Geopónica* ó Curso de Agricultura; la *Hippiátrica* ó Manual de Veterinaria; otro manual de patología y farmacología escrito por Teófanos Nonno; una gran coleccion de extractos de obras históricas desde Polibio hasta Teofilacto, dividida en 53 libros ó capítulos (rúbricas), de los cuales solo se han conservado enteros tres; y por último la coleccion inmensa, apreciadísimas entre los bizantinos, de las vidas é historias de santos, formada por Simeon Metafrastes, hombre opulento y alto funcionario del gobierno. A excitación de Constantino Porfirogénito nacieron tambien la Historia de los emperadores desde la subida al trono de Leon V hasta la muerte de Basilio I, escrita por José Genesio, y la titulada Continuación de la Crónica de Teófanos, que es una coleccion de biografías de emperadores desde el mismo Leon V, es decir, desde 813 hasta 961; de suerte que esta obra fué concluida despues de la muerte de Constantino Porfirogénito, á saber, en el reinado de Nicéforo Focas, como que contiene tambien la biografía de Constantino y la de su hijo Romano II. Los autores de estas obras, y lo mismo puede decirse de Simeon el Magister que vivió desde 812 hasta 963 y escribió su Crónica en el reinado de Nicéforo Focas, evidentemente aprovecharon mucho esta Crónica escrita por un monje llamado Jorge Hamartolo, escrita solo en parte en el reinado de Constantino VII, pero no bajo sus auspicios, porque su autor es decididamente hostil á este emperador. Esta obra es una historia universal que principia con la creacion del mundo y llega hasta el año 842; mera compilación de obras mas antiguas hasta el año 813; y desde allí hasta 842 obra original del citado monje, conocido tambien por el monje Jorge, que la escribió al parecer ya en el reinado de Miguel III. La continuación que llega hasta el año 948 está tomada de escritos debidos á la pluma de un alto y distinguido funcionario del gobierno que los concluyó á principios del reinado de Nicéforo Focas.

En general toda esta literatura no pasa de mediana, tanto por su estilo como por la sustancia. Aquella humanidad no dió mas de sí, y toda la protección, munificencia y celo del emperador no fueron bastantes para conservar ó restablecer la pureza del lenguaje, la buena formación de palabras compuestas y la estructura gramatical correcta. Habíanse apropiado los bizantinos demasiados elementos eslavos, cuya influencia se manifestaba en todo.

Pocas notabilidades merecen mencionarse en el último período de la dinastía de Basilio. Los concededores mas eruditos de la literatura bizantina de esta época pretenden descubrir en las obras de los gramáticos de aquel tiempo vestigios de una decadencia creciente del idioma, tanto, que tenían ya que luchar contra faltas ortográficas debidas á la corrupción de la pronunciación. Aparte de estos y otros defectos, las últimas décadas del reinado de la dinastía de los Basilio produjeron un monumento importante de la laboriosidad y erudición bizantinas, debido al lexicógrafo Suidas. Este monumento fué un gran diccionario enciclopédico, un repertorio inmenso de glosas, comentarios selectos, índices literarios y extractos de Constantino, para el estudio de los autores clásicos, de la Sagrada Escritura, de la historia universal y de la historia especial de la Iglesia. Contenía, además de las glosas y extractos de los gramáticos, escolás-

ticos y lexicógrafos anteriores, muchas noticias históricas, principalmente de escritores célebres con extractos de sus obras. En la poesía elevada nada notable produjo el imperio bizantino ni entonces ni nunca; pero en la época de que tratamos la poesía popular empezó á cantar los grandes hechos de sus héroes en las guerras contra los musulmanes de Asia, del mismo modo que muchos siglos despues cantó las hazañas de los cleftas ó montañeses griegos. En el ramo de historia, puede mencionarse entre otras muchas de igual ó menos mérito una Crónica Universal escrita por el gramático Leon, que alcanza hasta el año 948, y fué concluida en el año 1013, viniendo á ser una imitación y plagio de la ya mencionada del monje Jorge. A mayor altura que todos sus predecesores elevóse Leon el Diácono, que acompañó al emperador Basilio II en la guerra búlgara y escribió en diez libros la historia del período comprendido entre los años 959 y 975. Este autor se distingue ventajosamente por una gran riqueza de detalles, un estilo mas animado, mas lozano y mas rico, y un criterio mas independiente que los demás.

En todas las épocas se aplicaron los bizantinos á multiplicar las obras que mas les interesaban por medio de manuscritos hechos con sumo cuidado y arte, muchos de ellos preciosísimos, especialmente en los siglos X y XI, en cuyo período fundaron tambien muchas bibliotecas notables, en los conventos por lo general, como los de las islas de Chipre y Chio, el de la Trinidad en la isla de Negroponto, y en la capital del imperio, los de San Lázaro, San Pedro y Santa María Bienhechora (Benefactrix).

La población cenobítica del Monte Atos, cuya biblioteca adquirió posteriormente una celebridad universal, era entonces solamente interesante como manifestación característica de la tendencia religiosa, tan profunda como singular del pueblo bizantino. Auramio, hombre ascético de Trebisonda, que habiéndose hecho monje se llamó Atanasio, fué quien en el año 963, con el apoyo del emperador Nicéforo Focas, fundó la célebre abadía de los lauros (*laura*) ó reunion de ermitas en la orilla meridional de la península ó cabo de Atos, y organizó á los anacoretas que allí encontró establecidos. En 969 quedó redactada la regla por que había de regirse la comunidad, y fué aprobada por el emperador Juan Zimisces. Al propio tiempo se proyectó la fusión de los varios establecimientos monacales que se habían formado en aquella comarca en uno solo, cuyo superior general debía depender directamente del patriarca de Constantinopla y ser nombrado por este lo mismo que los hegúmenos ó superiores de cada monasterio que formaba parte de la comunidad general, para cuyo centro gubernativo comun se destinó la aldea de Caryes. Cuando el emperador aprobó la regla y los estatutos vivían en la montaña y sus inmediaciones 58 anacoretas griegos, cuyo número se aumentó desde entonces rápidamente no solamente con ascetas griegos sino tambien con georgianos, búlgaros y hasta rusos. Por el año 980 un amigo de Anastasio, el monje Juan, fundó el monasterio georgiano de Iviron; poco despues se fundó el de Batopedio que llegó á ser el mas opulento y el mas magnífico de todos los de la montaña santa. A principios del ségundo tercio del siglo XI, en 1034, se fundó el monasterio Esfigmeno; en 1037 el de Doquiaria; en 1046 el de Filoteo y en 1070 el de Caracalo.

Esta población monástica contaba en el año 1045 en aquella pequeña lengua de tierra con su Monte Atos 180 viviendas con 700 monjes y anacoretas, por cuya razón se llamaba la Montaña de los santos (Hagion-Oros). Aquel mismo año formaron con intervención del patriarca un nuevo estatuto comun que fué aprobado en 1046 por el gobierno imperial. Su principal objeto eran el arreglo de las condiciones económicas de la comunión, la división territorial y la prohibición

absoluta de la admisión de hembras en aquella comarca sagrada, prohibición que todavía se observa hoy con tan escrupulosa minuciosidad que ni gallinas ni gatas se permiten allí. En 1060 el emperador eximió de impuestos á los lauros mas antiguos de la comunidad, con lo cual abrió la puerta á una larga serie de privilegios y otras muestras posteriores de la munificencia imperial.

En aquella época brillante y próspera no quedaron en zaga la industria ni el comercio. En cuanto á las artes y á las industrias artísticas de este período se les puede aplicar lo que ya dijimos sobre estos ramos de la actividad humana en otro capítulo anterior, y lo mismo puede decirse de la protección que dispensaron los emperadores á unas y otras. En general fomentaban mas directamente la arquitectura con sus grandes y fastuosas construcciones, pero tambien algunos extendieron su protección á otras artes mas modestas, como Teófilo en el período anterior y Constantino VII en el de los Basilio. El mismo Constantino era artista muy notable en varios ramos.

El emperador Teófilo heroseó la capital del imperio y sus inmediaciones con fábricas suntuosas, y lo que sabemos del palacio imperial que construyó, y que se componía de un número regular de edificios independientes de formas fantásticas, nos hace pensar en los palacios orientales tan pintorescos y vistosos reflejando colores en bellísima combinación, segun la índole de aquellos pueblos, su clima y costumbres. Teófilo quiso rivalizar con los califas de Bagdad, y se le atribuye entre otras fábricas la del palacio llamado Hebdomon cuyos restos existen aun y de los cuales hemos dado el grabado en la página 8. Distinguan este edificio formas arquitectónicas robustas y acertadas, y una decoración exterior agraciada unida al empleo de piedras de diferente color que convenientemente distribuidas aumentaban el buen efecto. En él parecía dominar la inclinación al gusto árabe en su primer período característico, mientras que los árabes por su parte adoptaron en los edificios que construyeron en la Siria muchos principios de la arquitectura bizantina que encontraron en aquel país.

La arquitectura religiosa sufrió desde fines del siglo IX ciertas modificaciones especiales. El edificio, prescindiendo del vestíbulo, presentaba la figura de un cuadrado mas ó menos perfecto con una parte principal tambien cuadrada en el centro sobre cuyos cuatro ángulos se levantaba la elevada cúpula central llamada tambor. Las galerías interiores eran salientes y los cuatro ángulos que quedaban dentro del recinto general entre los cuatro brazos de la cruz central, ocupaban espacios de techo mas bajos. Detrás del altar y en ambos lados se conservaban los ábsides acostumbrados, y delante de la entrada principal uno ó dos peristilos cerrados ó abiertos. A esta disposición se reduce toda la distribución del estilo religioso bizantino del período de que tratamos. El empleo de piedras de colores diferentes, y el de adornos plásticos exteriores, á menudo aprovechados de edificios mas antiguos, y el de la pintura en las paredes del interior, denotan ya claramente la influencia oriental. Ejemplos de ella es en primer lugar la iglesia de Santa Teotocos en Constantinopla. Esta iglesia data de fines del siglo IX ó de principios del siguiente. Como tantas otras del Oriente es de dimensiones reducidas, pero tiene al rededor de la cúpula maestra varias otras menores, con ábside poligonal. De los siglos X y XI, existen tambien algunos templos en Salónica. Varios monumentos religiosos de Trebisonda de principios del siglo XIII presentan ya la transición del estilo bizantino genuino al gusto armenio. En Grecia existen todavía muchas iglesias, todas pequeñas y de escaso mérito artístico del postrer período del imperio bizantino.